

EL HOSPITAL DE SANGRE.

EL HOSPITAL DE SANGRE.

Entre las mujeres de todas categorías que ejercían actos de beneficencia en los hospitales de sangre establecidos en Madrid para la curación de los heridos, hemos dicho ya que Rosa, la digna hermana de María y esposa del médico don Antonio de Aguilar, prestaba grandes servicios á la humanidad doliente, en compañía de una hermana de la Caridad, tan jóven como linda, tan linda como dispuesta á prodigar sus afanes y desvelos á cuantos infelices se hallaban postrados en el lecho del dolor.

Ocupadas estas dos angelicales criaturas en prestar sus esmeros á los heridos durante la fratricida lucha de julio, mientras la hermana de la Caridad se esmeraba en vendar el brazo de un herido, Rosa habia sido sorprendida por un espectáculo tan inesperado como desgarrador.

Salpicado de sangre, con la vista azorada, exhalando alaridos como el leon del desierto que siente una aguda flecha en el cora-

zon, habiase presentado el negro Tomás, llevando en sus brazos al joven Enrique mortalmente herido.

Después de confiarle al cielo de don Antonio y de Rosa, habia desaparecido precipitadamente; pero su ausencia no fué larga.

Ya saben nuestros lectores, que este fiel y antiguo compañero de la marquesa de Bellaflor, acababa de presentarse en su casa ansioso de que la infortunada María pudiese aun ver á su hijo moribundo, despedirse de él para siempre, y darle su última bendición.

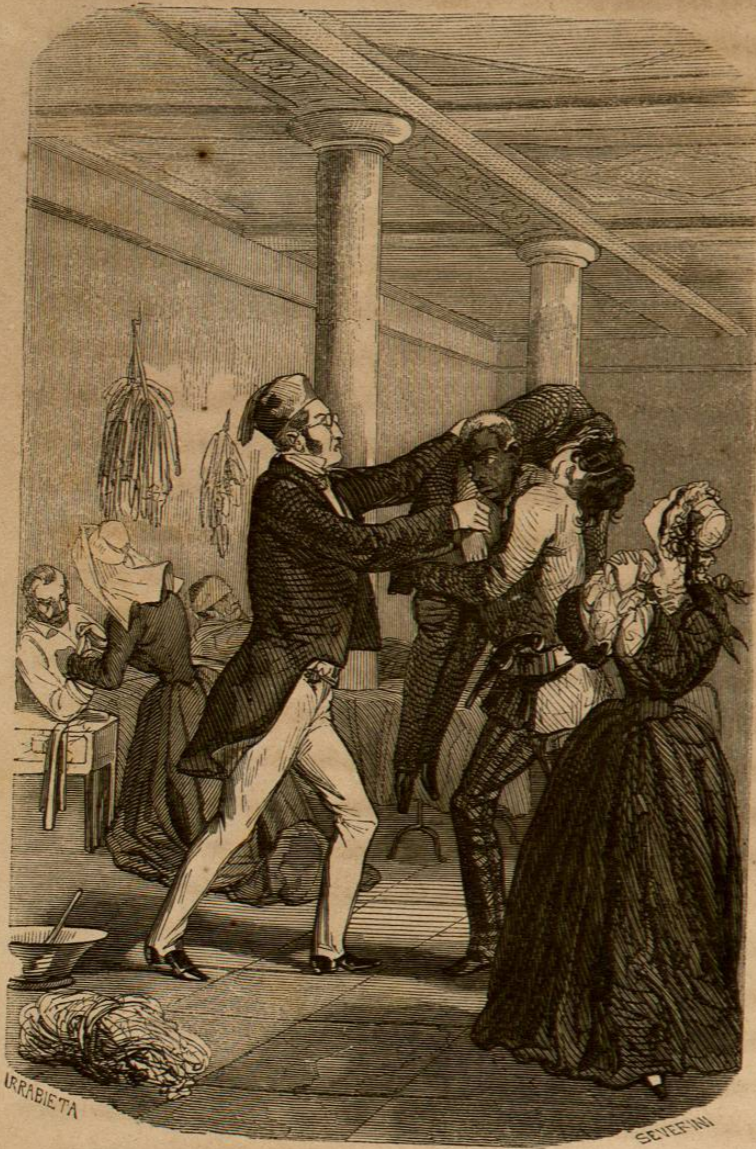
Cuando Tomás regresó al hospital de sangre en compañía de la desventurada marquesa, y de su cuñada Carolina, no era tan desesperada la situación del herido.

Don Antonio le habia extraído con singular destreza la bala de fusil, que aunque internó bastante en el costado derecho, parecia no haber causado una herida mortal, si bien se presentaba de bastante gravedad.

Renunciamos á describir el efecto que la presencia de Enrique hizo en su desconsolada madre, en aquella tiernísima y siempre oficiosa madre que idolatraba á su hijo con frenesí, porque hay sentimientos que la pluma no puede espresarlos; pero lo que sí podemos asegurar es, que María se mostró en esta nueva ocasión de prueba, mas grande, mas sublime que nunca.

A pesar del profundísimo dolor que desgarraba su corazón en tan crueles momentos, dolor inmenso cuya tortura solo pueden comprender las madres que en tan horrible trance hayan abrazado á un hijo, la heroica María reconcentró toda su amargura en el alma, para alentar á su Enrique con aquella sonrisa de ángel que embellecia su rostro siempre que trataba de prodigar consuelos al que sufría.

Enrique habia derramado copiosísima sangre, y se hallaba en



(22)

(Ayguals de Izo hermanos, editores.)

un estado tal de desfallecimiento, que á pesar de la inflamacion de su herida, juzgó don Antonio conveniente que se le diese un poco de caldo intercalado con la medicina que él mismo le arregló.

No tardó en presentarse con una taza la jóven hermana de la Caridad... mas ¡ay! otro funesto incidente vino á dar un colorido mas horroroso á aquel cuadro desgarrador.

Apenas la hermosa jóven vió al herido, exhaló un grito incomprendible, soltó la taza de sus manos, y acometida de horribles convulsiones, cayó en los brazos de Rosa, que no sin gran dificultad, pero con el auxilio de Carolina y algunos mas, la llevó á otra estancia para asistirla, mientras María quedaba á la cabecera del lecho del herido, que en su estado de postracion no dió el menor indicio de haber reparado en tan extraño suceso.

Mas adelante sabrá el lector, si no lo adivinó ya, quién era la hermosa hermana de la Caridad á quien tanto afectó la presencia de Enrique mal herido, mas adelante veremos si serán suficientes los afanes de una madre cariñosa para salvar al hijo de sus entrañas; ahora tenemos que suspender la narracion de estos sucesos particulares, para proseguir la de la gloriosa revolucion que, como impelida por un impulso eléctrico, fué rápidamente secundada en varios puntos importantes de la Península.



CAPITULO XLV.

PRONUNCIAMIENTO EN ALCIRA.

Alcira, la liberal villa de Alcira, puede blasonar de haber sido la primera poblacion que respondió al grito de Vicálvaro.

Puesto al frente de los patriotas de este pueblo el ciudadano don Pedro Acebedo, al anochecer del 5 de julio, dió el grito de ¡ABAJO LOS POLACOS! ¡ABAJO CRISTINA! ¡ABAJO LOS OPRESORES DEL PUEBLO! ¡ABAJO LOS LADRONES DEL TESORO PÚBLICO! ¡VIVA LA MORALIDAD! ¡VIVA LA IGUALDAD! ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA EL PUEBLO LIBRE! ¡VIVA EL PUEBLO SOBERANO!

Todos los moradores de Alcira repitieron con entusiasmo estas voces de salvacion, y armándose del mejor modo que pudieron, juraron romper el yugo que aherrojaba á la nacion española ó perecer con gloria en el combate.

Los sucesos de Alcira fueron de tal guisa desfigurados por las autoridades de Valencia, y posteriormente por las de Madrid, que los periódicos mercenarios, los que recibian degradante salario pa-